

*defensa de la poesía* (pp. 357-377), obra dedicada a Calderón de la Barca, concebida desde el punto de vista jurídico, aunque también toque otros aspectos. Su gran erudición, además de su claridad y el enorme número de notas que la complementan, hacen de la obra uno de los textos más importantes publicados aquí. La teoría poética no es lo fundamental en ella, pero sí otras cuestiones sobresalientes, como el valor y el prestigio de la profesión poética. A pesar de toda su erudición, la vitalidad barroca asoma por todas partes y hace de ella una obra de especial interés.

El último texto de este volumen contiene un capítulo de *Teatro de los teatros* de Bances Candamo, de 1690, donde el tema principal es la poesía divinizante. A inspiración del cielo atribuye Bances la obra de grandes poetas, como, por ejemplo, la de Sor Juan Inés de la Cruz, monja que sin gran acceso a la cultura creó tan hermosa poesía que no hubiera sido posible sin la inspiración del más allá.

Todos los textos aquí presentados son de especial interés y conforman un volumen importante para el investigador y el erudito, que pueden encontrar en él una muestra considerable y muy suficiente de todo lo que se dijo en el siglo XVII sobre teoría poética, incluyendo los diferentes enfoques con que se abordaba. Contiene además el libro datos de gran erudición y está realizado con seriedad y profundo conocimiento del tema.

PACIENCIA ONTAÑÓN DE LOPE  
Univesidad Nacional Autónoma de México

IGNACIO OSORIO, *Conquistar el eco. La paradoja de la conciencia criolla*. UNAM, México, 1989; 397 pp.

Desde el título tan sugerente, *Conquistar el eco*, y en todo su contenido, este libro presenta un tema desconocido para muchos investigadores del México colonial: el mundo de la literatura latina en la Nueva España.

Por medio de trece ensayos, Ignacio Osorio explora la cultura novohispana escrita en lengua latina y destaca que “Durante los trescientos años que duró la Colonia, la literatura, las ciencias y la cultura se escribieron en ambas lenguas [español y latín] y ambas forman un solo *corpus*. Ignorar una de ellas, una de las caras de Jano, es amputar o difamar el conjunto de nuestra historia cultural” (p. 12).

Esta “otra cara de Jano”, el latín, formaba una parte importante de la vida intelectual novohispana y Osorio quiere estudiar “los caminos por los cuales el criollo recrea la cultura europea, especialmente la escrita en latín, en las nuevas tierras de América”. El autor indica que existió un dilema para los americanos: “¿Cómo hacer suya una voz [el

latín] que al mismo tiempo siente ajena?” Ese “eco” novohispano de la cultura latina europea es el tema del libro y “reconquistar el eco” es el intento de Osorio de “recuperar la memoria de procesos olvidados en el campo de la retórica, la poética, el helenismo y la literatura novohispanos” (2a. de forro).

Lo que impresiona al lector al revisar los capítulos es la magnitud y la diversidad del acervo cultural latino de la Nueva España. De hecho, en la Biblioteca Palafoxiana en Puebla, el 68% de las 12 000 obras está en latín. Osorio demuestra que no todos los libros latinos eran escritos de filosofía o de teología, sino que se encuentran poemas guadalupanos con rasgos de orgullo nacionalista; elogios fúnebres con descripciones de personajes y acontecimientos históricos; biografías de hombres y mujeres novohispanos; discusiones de problemas de derecho; estudios relacionados con cuestiones económicas, y cursos de física.

El primer ensayo, “Jano o la literatura neolatina de México”, marca la importancia del tema y explica algunas de las razones de la falta de interés en la literatura latina de la Colonia y de los escasos estudios al respecto. Por una parte existe la impresión de que lo redactado en latín es intrascendente o aburrido. “Hemos en efecto aceptado comúnmente la opinión de que en la Colonia prevaleció el inmovilismo intelectual” (p. 30). Por otra parte, razones ideológicas que propiciaban un rechazo a la época colonial han contribuido a que seamos “incapaces de armonizar las disímbricas fuerzas que combaten en nuestra historia; hemos preferido frecuentemente desdeñarlas o ignorarlas; otras veces las valoramos con ojos y criterios del siglo pasado” (p. 7). Por ejemplo, como señala Osorio, Justo Sierra a finales del siglo XIX criticaba la enseñanza del latín porque lo consideraba como “la cadena literaria que nos ancla en lo pasado” (p. 48).

El autor indica que a menudo se ha aceptado este juicio negativo y “no hemos tomado el trabajo de constatarlo en los propios textos” (p. 30). Pide que se realicen investigaciones sobre la cultura latina de la Nueva España como se ha hecho sobre la cultura náhuatl, o sea, que los investigadores aprendan el idioma y, con base en ese conocimiento, profundicen en el estudio de la vida cultural. Esta idea de aceptar a los hombres y a las épocas “en sus propios términos” forzosamente exige a los estudiosos de la Colonia otorgar mayor atención a lo escrito en latín, ya que para los intelectuales de la época, redactar y leer latín era una parte importante de su actividad académica y cultural. Sería posible añadir que también se podría prestar atención al uso del náhuatl por parte de los novohispanos —podemos pensar en Sor Juana Inés de la Cruz, Carlos de Sigüenza y Góngora, Francisco Xavier Clavijero, José Antonio de Alzate y fray Servando Teresa de Mier— y en este caso Jano tendría una tercera cara.

El segundo capítulo del libro abarca la historia de la filosofía novohispana y destaca las contribuciones a este campo hechas en el semina-

rio de José Gaos por los investigadores Bernabé Navarro, Victoria Junco y Pablo González Casanova, entre otros. El tercer ensayo, el más largo del libro, intitulado “El helenismo de México: de Trento a los filólogos sensualistas”, explica los vaivenes en el estudio de la lengua griega, desde 1495 en la Universidad de Salamanca hasta el Ateneo de la Juventud y Alfonso Reyes en México en las primeras décadas de este siglo. Siguen capítulos sobre la retórica en Nueva España y su lugar importante en la educación colonial; sobre poemas y libros latinos del siglo XVI novohispano, sobre la *Lógica mexicana*, texto escrito por Antonio Rubio y divulgado ampliamente en Europa durante el siglo XVII por más de 60 ediciones publicadas en España, Francia, Italia, Inglaterra y Polonia. Hay tres ensayos sobre el siglo XVIII, referentes al poeta latino José de Villerías, de México, y a los escritos latinos de Juan Luis Maneiro sobre Francisco Xavier Clavijero.

Un capítulo especialmente interesante es “El género emblemático de Nueva España”, ya que se refiere a la proyección de la cultura clásica fuera de las aulas por medio de celebraciones públicas como las máscaras, los desfiles, los carros alegóricos, los arcos triunfales y las piras fúnebres. Osorio describe cómo surgió el género literario del “emblema” en 1531 debido al libro de Andrés Aliciatio, su difusión por obras posteriores sobre los emblemas, su aceptación entusiasta en el mundo hispánico y su divulgación en México, donde “el aprecio y gusto por el emblema... fue enorme” (p. 175). La existencia de centenares de libros emblemáticos en las bibliotecas coloniales comprueba el “interés novohispano por la filosofía hermética, la simbología egipcia y la mitología grecolatina” (p. 173) que se agregaban a “los elementos medievales de la simbología bíblica, alquímica, herbolaria y la procedente de los bestiarios” (p. 174). Osorio indica que este género logró tanta aceptación porque, además de ofrecer breves extractos de poetas clásicos o pasajes bíblicos, seguidos por un discurso o una descripción más larga, contenía grabados que atraían al público por su aspecto artístico y visual. Podríamos pensar que, hasta cierto punto, los libros emblemáticos devolvían a una sociedad poco alfabetizada el predominio de la imagen como medio de comunicación de verdades, de enseñanzas y de símbolos.

Osorio presenta varias descripciones de celebraciones novohispanas en las cuales los emblemas grecolatinos jugaban un papel importante. Una de las más conocidas es “El Neptuno alegórico” de Sor Juana Inés de la Cruz, en que se aludía al virrey marqués de la Laguna, “no sólo por el título acuático del marqués sino también porque los novohispanos esperaban que como el dios marino, pusiera remedio a las inundaciones de la ciudad de México” (p. 183).

Es importante considerar que en el siglo XVIII hay un resurgimiento del uso del latín (algo anacrónico si se compara con Europa donde se extiende más el uso de las lenguas vernáculas), al mismo tiempo que

se fortalece el sentido de nacionalismo criollo. Pedro Henríquez Ureña destaca que el siglo XVIII es “el siglo de mayor esplendor autóctono que ha tenido México”. Al mismo tiempo, como indica Alfonso Reyes, “el apogeo de la latinidad es, sin duda, la característica más singular de la época”<sup>1</sup>.

Esta persistencia del latín, coincidente con un auge en las expresiones de creatividad intelectual y de nacionalismo, merece tal vez mayor consideración, ya que presenta un fenómeno que parece, a primera vista, contradictorio, pero que pudiera encerrar una realidad rica y compleja que nos ayudaría a entender la vida cultural, política y social de las últimas décadas de la Colonia.

De los trece ensayos, nueve son reimpresos de estudios publicados durante los últimos diez años. Este hecho no disminuye el mérito del libro porque los escritos fueron publicados en varias revistas especializadas, de difícil acceso y bajo tiraje. Reunirlos en un libro facilita al lector conocer las varias facetas de la latinidad novohispana por medio de traducciones, exégesis de textos, investigaciones bibliográficas, estudios históricos y análisis literarios. Las investigaciones de Ignacio Osorio sobre la literatura latina colonial nos revelan una veta valiosa que reclama mayor atención por parte de lingüistas, historiadores y bibliógrafos. Desafortunadamente el libro no incluye un índice que hubiera aumentado su utilidad.

DOROTHY TANCK DE ESTRADA  
El Colegio de México

C. CHRISTOPHER SOUFAS, *Conflict of light and wind. The Spanish Generation of 1927 and the ideology of poetic form*. Wesleyan University Press, Middletown, CT, 1989; 279 pp.

El profesor Soufas ha escrito un libro ambicioso, que promete mucho más de lo que cumple; lo cual es una lástima, porque lo que anuncia bien valdría la pena hacerse. En términos generales lo que propone es identificar la ideología que se desprende de la forma poética en que se expresan seis poetas tradicionalmente asociados con la Generación del 27: Jorge Guillén, Pedro Salinas, Vicente Aleixandre, Luis Cernuda, Federico García Lorca y Rafael Alberti. Según explica en su prefacio, este propósito lo llevará a enfocar los textos “as products not exclusive-

<sup>1</sup> ALFONSO REYES, *Letras de la Nueva España*, F.C.E., México, 1986, pp. 101-102.